

CUENTO

ATRÉVETE A SOÑAR

EMILY SALTHER, 16 AÑOS, TREMENDAS



Te lo diré de manera simple y directa: sin juego, no eres nadie.

"Eh, ¿y esta loca de dónde ha salido a decirme esto?"

Fácil.

Yo lo viví.

Escucha, te contaré una pequeña historia, y ya veremos.

Más allá del celular existe un mundo, un mundo inexplorado que ni los más valientes adultos se atreven a pisar. Se llama Imaginación. Una tierra infinita como el universo, tan grande, tan extensa y tan, tan asombrosa, que jamás podrías terminar de descubrir.

Con mi mejor amigo, Tom, logramos viajar a Imaginación, pero fuimos los únicos capaces de alcanzarla. Espero que con esta historia tú también puedas sumarte a nosotros y continuar con la vida de este planeta.

Imaginación está muriendo, porque miles de jóvenes, niños y niñas ya no se atreven a jugar. Eso está matando la creatividad, la energía que alimenta al planeta. Y si muere Imaginación... será el fin de la infancia para todos. Y nadie quiere crecer tan rápido.

Soy visitante de Imaginación y te ruego que creas en las palabras de Tom y mías, porque sólo queremos lo mejor para este mundo. Contamos contigo.

Antes, quiero que sepas que Miedo es real. Sí, tal vez creas que esto es una gran tontería y no tiene sentido, pero al igual que Imaginación, Miedo existe desde el comienzo de los tiempos y siempre ha acechado a Imaginación, porque cree que un mundo de felicidad y sueños es algo bobo, pero está equivocado. Miedo olvida que el juego es la primera herramienta que los seres humanos tenemos para expresarnos, para aprender a relacionarnos con otras personas y descubrir qué nos gusta hacer.

El problema comenzó tiempo atrás, logrando que un día, todos los niños y niñas del planeta Tierra dejaran de soñar. Nadie podía explicarlo, ni siquiera los mejores especialistas, pero mi mejor amigo Tom y yo comprendimos que el problema iba más allá de que sólo

los niños y niñas ya no sonreían. Algo estaba pasando en esos niños y niñas que los hizo dejar de chapotear en los charcos de agua y jugar entre ellos en las calles. Algo había pasado y era que Miedo se había decidido a atacar una vez más.

Miedo había caído en la Tierra y estaba dispuesto a volver a todos los niños, niñas y jóvenes en contra de Imaginación. Empezó con los jóvenes, susurrándoles por las noches que para qué seguir jugando con autos o muñecas de su infancia si eran sólo juguetes inertes... así, los jóvenes dejaron atrás aquello y se centraron en sus tareas de escuela y nada más. Se fueron apagando y cada vez fueron alejándose más y más del portal a Imaginación. Luego, Miedo fue tras los más pequeños, pero su creatividad logró protegerlos más tiempo, aunque no fue suficiente, puesto que Miedo usando la tecnología logró acortar la creatividad de los niños y niñas más pequeños con historias prediseñadas y mundos virtuales cerrados. Así, cuando las consecuencias se hicieron evidentes, era tan tarde que parecía que no había solución, pero Tom y yo vimos una salida.

Bien, primero, quiero decirte que Tom y yo somos niños comunes y corrientes; nunca hemos sido muy sociables, así que nos teníamos el uno al otro; no dependíamos de nadie para jugar, más que de nosotros mismos. Ninguno de los dos tenía costosos juguetes o un hermoso parque donde hubiese juegos donde deslizarse. Nosotros exprimíamos al máximo nuestra creatividad para conseguir un boleto a Imaginación, lo que nos hizo ser los mejores visitantes del lugar. Creábamos tantas historias, miles de aventuras y compartíamos decenas de sueños, que ni Miedo fue capaz de quitarnos eso.

Desgraciadamente, Miedo había atacado a nuestros compañeros y compañeras del colegio, haciendo que perdieran todo el interés en imaginar. Se limitaban a seguir las opiniones de otros, a quedarse sentados en los bancos casi sin parpadear o como mucho, revisando sus celulares (si es que tenían el lujo de tener uno). Se habían vuelto máquinas. Ni siquiera ellos sabían diferenciar su existencia de la de una roca. Era espantoso verlos inertes, mirando el techo o con caras inexpresivas, como si nada los animara a vivir. Fue cuando me di cuenta de que sin jugar, sin disfrutar la creatividad, no éramos más que seres sentados en un banco aburridos. Así que me juré luchar por ellas y ellos, para mostrarles que quedaba esperanza, que Miedo no lo había borrado todo. Podíamos hacer algo más aún. Con Tom nos pusimos manos a la obra e ideamos el juego más complejo que alguna vez se nos hubiese ocurrido: enfrentarnos a Miedo y derrotarlo.

Nos paramos en medio del patio del colegio, frente a frente y cerramos los ojos, concentrándonos en llegar al portal a Imaginación, donde Miedo nos estaría esperando. Él nos halló a nosotros, pero estábamos listos. Tom y yo contábamos con todos nuestros juegos y aventuras, como trepar a los árboles, correr a pillarnos, jugar al fútbol y crear historias fantásticas; todos ellos formando un escudo contra Miedo.

Estaba asustada, porque Miedo me mostró todo lo que más temía: que los niños y niñas dejaran de sonreír para siempre, que nos volviéramos solitarios, que nadie quisiera o pudiera inventar una historia otra vez... Tom estaba temblando y creo que lloró, pero no tuve tiempo de comprobarlo, porque la risa de Miedo me sorprendió, como si fueran los lamentos de todos los niños y niñas que se sentían vacíos, como si no fueran importantes. Su risa me hizo despabilar.

Tom lloraba con fuerza, tal vez viendo cosas más horribles que yo. Le tomé la mano para hacerlo despertar y abrió sus ojos, que estaban llenos de lágrimas.

—No es real, Tomi —aseguré.

Miedo flotaba sobre nuestras cabezas, sin dejar de reír. El cielo estaba perdiendo su color, volviéndose de un gris oscuro como cuando se largaba a llover, pero tenía la sensación de que esta vez no encontraría divertido saltar de charco en charco.

Un aire helado puso mi piel de gallina y apreté la mano de mi mejor amigo, con miedo.

Tom se estaba volviendo gris.

—¡Tom! —grité.

Tenía que salvarlo, si no, terminaría como los demás.

En ese momento, me di cuenta de que mis pies también se estaban volviendo grises.

Miedo rió más fuerte.

Miré con desesperación a mis compañeros que se encontraban a mi alrededor, pero cada uno continuaba perdido en su propio aburrimiento. Lo que estaba pasando parecía no afectarles en lo absoluto.

—Lily, es demasiado fuerte —dijo Tom, asustado.

—Podemos hacerlo, sólo hay que enfrentarlo y así lograremos que ellos puedan viajar de nuevo a Imaginación. ¡Podemos!

—¡Lilybeth! —gritó mi nombre y me soltó la mano.

Tom estaba gris casi por completo y no me ayudaba a concentrarme en ser positiva, pero debía hacerlo. Tenía que intentar acceder a Imaginación una vez más si quería salvarlo a él y al resto. Si lograba compartir mi boleto a Imaginación con todos los demás, podrían ver el mundo con otros ojos y volver a soñar.

Tenía que ser valiente, por todos y todas.

Miedo estaba cada vez más cerca, susurrándome que la fantasía era absurda. Luché contra su voz y me aferré a Tom para recordar qué era lo que estaba haciendo, qué tenía que hacer.

El cielo ya se había vuelto gris por completo y los juegos del patio habían perdido sus colores.

Era mi última oportunidad, así que viajé a Imaginación.

La oscuridad tras mis párpados se volvió luz y todo a mi alrededor recuperó sus colores, mucho más luminosos, mucho más vivos que antes. Tom y yo dejamos de estar grises y empezamos a brillar. Era el mismo patio de la escuela, pero ahora podía imaginar lo que quisiera y se haría realidad. Apreté su mano y lo hice despertar.

Abrió los ojos despacio, pero una vez que vio que estábamos en Imaginación, los abrió aún más.

—Te dije que podíamos, amigo.

Sus ojos se desviaron de mí y palideció.

—¡Cuidado!

En ese momento, Miedo apareció frente a nosotros. Su silueta grisácea mutó en cada uno de mis miedos, mostrándome todo lo que helaba mi sangre, pero no lograría detenerme esta vez. Estando en Imaginación, yo tenía la ventaja. Miedo no podría detener los sueños mientras una persona los tuviera; así que dejé volar mi creatividad.

Miedo volvió nuestras pesadillas en realidad, pero no nos acobardamos.

Tom soltó un grito de guerra e imaginó un dragón, el cual cabalgó, liderando un ejército de ponis contra las creaciones de Miedo. Yo surfeé por las nubes, volviendo todo de color arcoíris y encerrando a Miedo en un pequeño espacio de tierra con sogas hechas de chicle.

Crucé una mirada con mi mejor amigo y al mismo tiempo, nos encargamos de hacerlo desaparecer. Tom abrió un agujero bajo Miedo y yo solté las ataduras. Miedo trató de cambiar de forma para enfrentarnos, pero cayó a donde nadie podría volverlo a encontrar.

Sólo que aún no habíamos terminado.

—¿Estás lista? —preguntó Tom.

Asentí.

Chocamos puños y del contacto se liberó una onda creativa que volvió a habitar dentro de cada niño.

Al parpadear, estábamos de nuevo en el patio de la escuela, pero ahora todos habían despertado de su ensoñación y se miraban entre ellos como si fuera la primera vez que lo hacían. El cielo había recuperado su color azul y nadie tenía cara larga.

—Lo logramos—sonreí—. ¡Vencimos a Miedo!

—Pero puede volver, Lily. ¿Y entonces qué haremos?

—Estaremos preparados—aseguré—. Aunque sea sólo una persona la que se atreva a imaginar, todo estará bien. Lo prometo.

Asintió y volvió a sonreír, relajado como el resto. Lo hice yo también.

Nuestros compañeros guardaron sus teléfonos y corrieron a arremolinarse en el patio. Los juegos se llenaron de personas y pronto el silencio fue reemplazado con las voces de miles de niños, niñas y jóvenes creando historias, atreviéndose a soñar una vez más.

